

## 4 – Continuando por el Allier visitando: Lavoûte-Chilhac, St-Ilpize, Lavaudieu, La Chaise-Dieu, Vieille-Brioude, Brioude y su magnífica iglesia. En el valle de L'Alagnon: Massiac y la Capilla de Ste Madelaine.

### LAVOÛTE CHILHAC



Un tupido entramado de ramas colgaba por encima de la carretera, mientras conducía bajo un sol que a esa hora del mediodía ya desprendía su calor, haciendo brillar el Allier que se hallaba a mi derecha. De repente apareció, agazapado al borde del río y en un desfiladero en el corazón de las gargantas del Allier, el bonito pueblo de Lavoûte- Chilhac. El lugar parecía aislado del mundo y lo único que se oía eran los leves susurros del Allier. El sonido del río llenaba el lugar.

El Allier separaba dos barrios diferentes; el de la orilla izquierda se apoyaba en las rocas formando dos estrechas franjas a lo largo de la carretera que sigue el desfiladero y lleva a Brioude y estaba salpicado de casas que bordean el río y cuyas altas fachadas, con magníficas vistas al Allier, sirven de protección contra las inundaciones. Al barrio de la margen derecha se llegaba cruzando un puente construido al final de la Edad Media, siendo la única obra sobre el Allier que ha resistido los embates de sus crecidas; lo componen cuatro arcos de diferentes tamaños. Este barrio, ubicado en un estrecho bucle del Allier, era de origen más antiguo y comenzó a desarrollarse en la edad media con la construcción de un castillo, visibles hoy algunos restos, que dio paso a la creación del priorato Cluniacense de Sainte Croix el Volte y cuyos edificios, en su mayoría del s.18, se levantan alrededor de la iglesia del priorato.





En las calles y callejones reinaba el silencio y la tranquilidad. Parte de las casas se asomaban al río, creando una imagen pintoresca de un encantador pueblo verde de gran belleza instalado en un lugar mágico del corazón del Allier; el entorno y el patrimonio arquitectónico parecían conjugarse a la perfección, creando una sintonía que resultaba todo un placer y deleite para los sentidos.

Me aproximé al río que poseía unas orillas eran muy amplias y playas de arena o guijarros que emergían del agua en suave pendiente hacia prados de hierba, algunos protegidos por un dosel de ramas, creando un ambiente fresco y sombreado. Otros eran de gruesa alfombra de pasto, donde simplemente tumbarse en la hierba a la orilla del río bañado por el sol, y al borde disfrutar de la vista de los botes, irradiados y coloridos, en el agua centelleante. Las actividades acuáticas están omnipresentes gracias a la existencia de una base de kayak en las cristalinas aguas del Allier.









## ST- ILPIZE



Alcé los ojos hacia el cielo y solo podía sorprenderme por el lugar que ocupaba Saint-Illpize, visible mucho antes de llegar; los restos del castillo, con la torre y la capilla del s.11, se elevaban sobre el Allier a 150 metros y se encaramaban en un pico volcánico, como un centinela protegiendo y dominando el antiguo pueblo medieval.

El pequeño burgo, repartido en la parte alta próxima a las murallas y la parte baja próxima al Allier, permanecía dormido y anclado al pasado. Tras pasar una puerta, un vestigio de antiguas murallas, era un laberinto de casas apretujadas entre sí construidas en la ladera y a menudo excavadas en la roca con estrechos callejones. El acceso a la parte superior partía desde el ayuntamiento, un lugar que estaba vacío y silencioso ocupado por algunas tiendas de artesanos o de vinos de la región. Hacia lo alto se veían las murallas, la iglesia, una torre y el hermoso camino sinuoso que conducía a este lugar. Ahí, enmarcado por la altura, parecía increíble y vertiginoso.





Atravesando un portón se accedía el recinto fortificado; un muro bajo cobijaba una antigua capilla y su espadaña, considerada una joya de arquitectura románica, construida en oscura piedra volcánica. Al lado se alzaba la torre y los restos de las fortificaciones que protegían la casa señorial.

Toda la ruta había sido mirando hacia arriba y ya, en este lugar, bajé los ojos y eché un vistazo a mi alrededor. Observaba desde lo alto de la colina la llanura que se extendía bajo mis pies, en aquella tarde tórrida, donde la vista se dilataba por el ancho terreno al otro lado del Allier y más allá los pastos, bosques y colinas. En primer plano destacaba vistoso el puente colgante de 100 metros de largo que atraviesa el Allier. En ese momento descansaba, miraba el paisaje sereno y reflexionaba, era el primero de Agosto y las 5 de la tarde; desde la salida de Velay había tenido un día frenético de visitas maravillosas, más provechoso no podía haber sido la jornada. Todavía quedaba luz, en el tardío atardecer del verano, para otra sorpresa más.

Me puse en marcha pocos minutos después y volví a bajar la colina, por un camino diferente, sin ver a nadie. Llegué a una calle en el límite de la ciudad, más parecida a un sendero de campo con casas techadas de lajas y disperejo camino de tierra, que a una calle de ciudad.







## LAVAUDIEU



Estacioné en un amplio parquin, a la entrada de la población; un lugar natural entre verdes prados con árboles y al lado del río Senouire. Pasaría una noche tranquila y silenciosa en este lugar 45.26387 – 003.45768; era las 18,15 y me costaba respirar en el calor de esa tarde. Lavaudieu es un pueblo de campiña en el corazón de una región con un maravilloso microclima, un patrimonio y el entorno natural de unos pueblos que han conservado en su mayor parte su aspecto tradicional con fuentes, abrevaderos, hornos y magnificas casas de piedra.

La aldea aparecía al borde del río y rodeada de murallas. Tras pasar una puerta, resto de sus antiguas fortificaciones, me encontré paseando por silenciosas callejas que me condujeron a una diseminada plaza dispuesta en una composición de placitas, pozos y fuentes. Me asombraba de la serenidad que trasmitía el lugar. La plaza estaba en ese momento, si no vacía, si al menos inmersa en una relativa quietud.







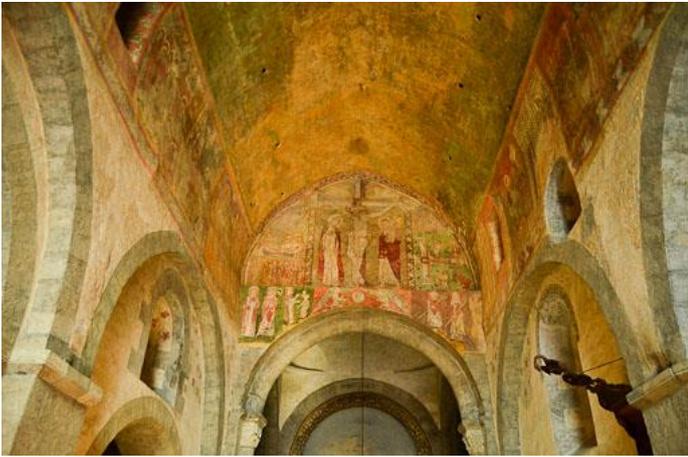


Las fachadas de las casas reflejaban una arquitectura rural, bellamente conservada y restaurada, con sus balcones colgantes de tradicionales marcos de madera que sirvieron para secar los productos del campo. Las estrechas calles se encerraban con las casas vitivinícolas, que conservaban los aromas de las vides, en piedra dorada y tejas rojas típicas de la arquitectura regional de un pueblo que no ha perdido ninguna de sus tradiciones y aún hoy revela el estilo de vida, que le ha valido la catalogación de “los pueblos más bonitos de Francia”.

El pueblo era la imagen de su famosa Abadía, y sus casas tradicionales se encontraban en armonía con las piedras de la Abadía. La iglesia abacial, rematada por un original campanario octogonal románico, poseía unos iconos murales, que se habían descolorido con el paso del tiempo, recubriendo paredes y bóvedas de la capilla. En la austeridad del románico Benedictino destacaban el claustro, esculturas, capiteles y pinturas murales de influencia bizantina. Las casas y los huertos, enclavados alrededor de la Abadía, ensalzaban el lugar y creaban un ambiente propicio para pasear por los callejones, en dirección al río Senouire, donde un viejo puente de varios arcos atraviesa la corriente. Una amplia franja de césped, huertos y arboles circundaba el terreno de las orillas y la placida calma del sol, que iba inundando el cielo de una luz dorada, hacía reflejar las imágenes con una intensidad mayor de la habitual.









Deslicé la mirada por los jardines y las murallas, que refulgían con un tono cálido bajo el sol de la tarde, y contemplé el río que yacía en calma majestuoso, sin mostrar la menor oscilación en su superficie azulada. El campanario truncado de dos pisos de la Abadía y el viejo puente, se reflejaban en la amplia superficie y creaban un conjunto de lo más pintoresco y particular. De regreso al pueblo y en la rutilante plaza, por la que pasearse al atardecer era una delicia, la luz de las calles se iba difuminando a medida que el sol descendía y al cabo de poco tiempo me vi rodeado de una oscuridad rota por la luz apagada de antiguas farolas.

El pueblo de Lavaudieu se desarrolló a principios del s.11, con la fundación de la Abadía de Saint-André, en el valle del Senouire y dio nombre al pueblo. Lavaudieu significa “valle de dios” y fue San Robert, fundador del Chaise-Dieu, quien creó esta Abadía en 1057 dirigida por una comunidad benedictina que acogió monjas hasta la revolución Francesa. La torre del campanario fue truncada durante la Revolución y coronada por una pala y una gorra frigia (símbolo de la Revolución). Pero el monasterio resistió la embestida de la historia y hoy conserva una notable colección de murales que datan de los siglos XIII al XVIII. El claustro románico es el único conservado en Auvernia y presenta una serie de arcos descansando sobre los capiteles de columnas de varios estilos.





## LA CHAISE-DIEU



Desde Lavandieu me alejé del valle del Allier conduciendo 30 kilómetros rodeado de un entorno único de bosques, valles y ríos. Me hallaba en el parque natural regional de Livradois Forez y sobre una vasta plataforma boscosa, que culminaba a 1000 metros de altitud, apareció este complejo monástico rico en su patrimonio arquitectónico y cultural en el corazón de un pequeño pueblo perdido.

Caminaba por el pueblo, que nació a la sombra de la Abadía, encantado por las fachadas decoradas, casas medievales, escudos de armas y callejones ahora orientados hacia el turismo y permitía descubrir a los visitantes su rico patrimonio, así como un paisaje único y conservado. La iglesia abacial posee una acústica excepcional y por eso, a finales de agosto, acoge un famoso festival de música sacra y sinfónica.

Me adentré en el amplio espacio de la plaza, desde donde contemplaba la fachada de la iglesia abacial rodeada por la aureola de luz que provocaba el sol a su espalda.



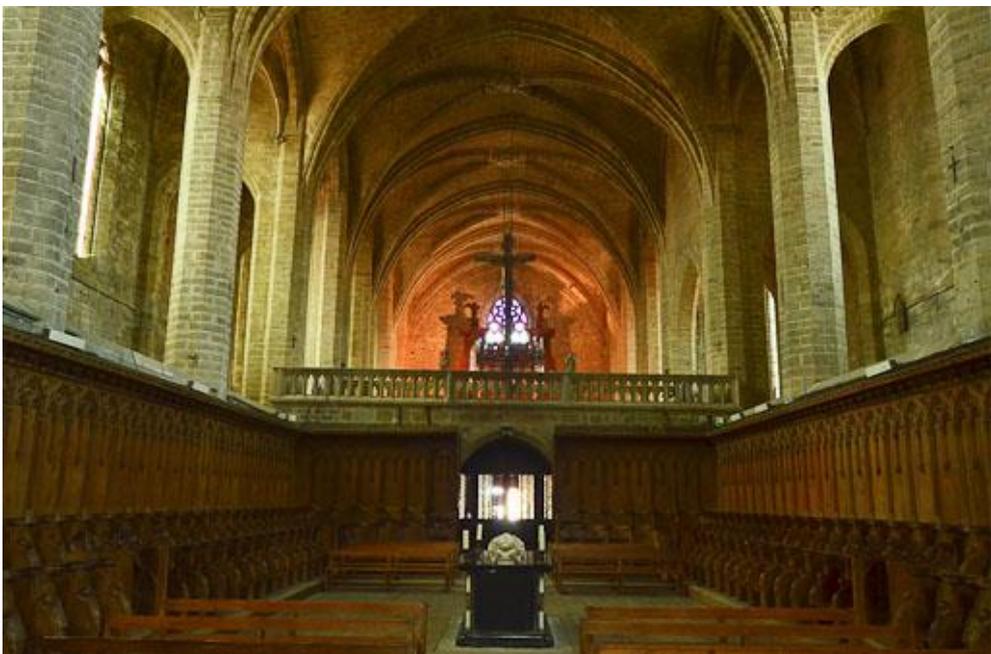
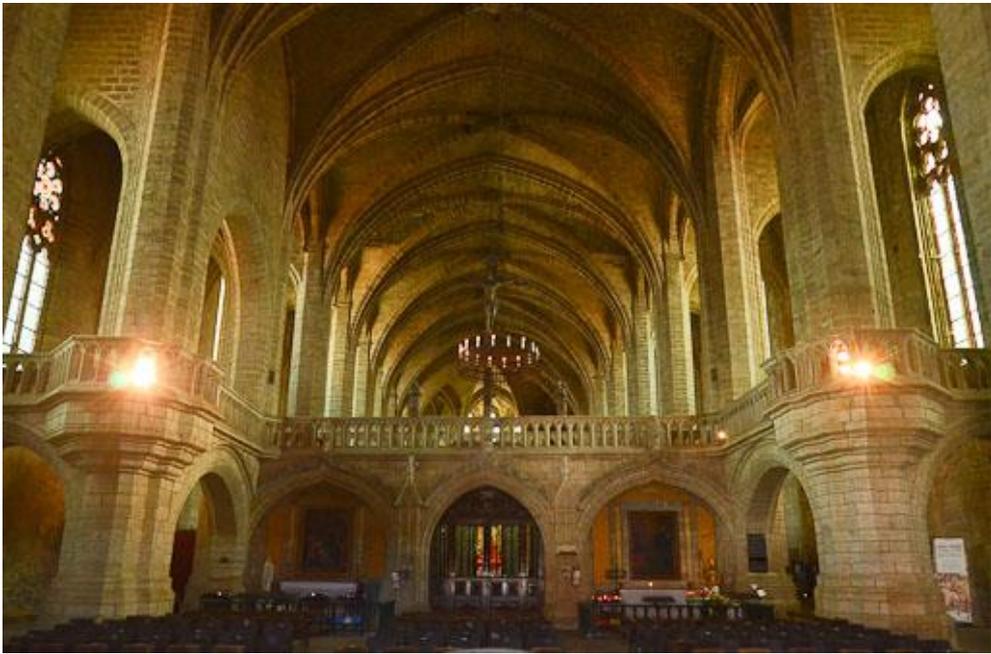
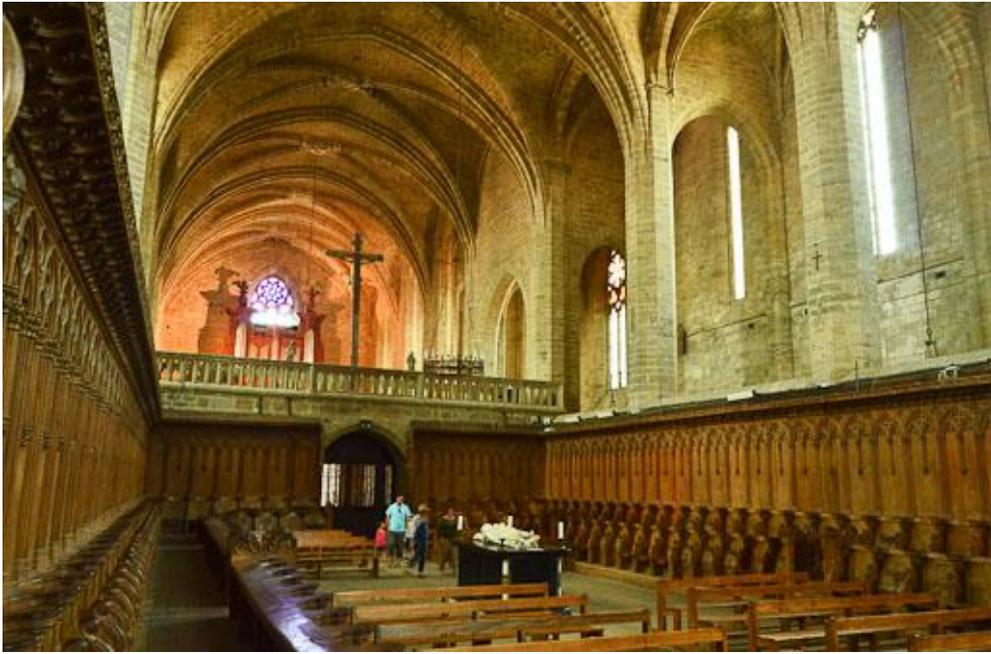




Cuando subí la empinada cuesta de la entrada, abandoné atrás la luz de la mañana y penetré en la oscuridad del interior; dejé que mis ojos se acostumbraran a la penumbra y me sorprendió encontrar un espacio magnífico y repleto de ornamentos, artes y oficios. Mi mente intentaba ir adaptándose al caleidoscopio de imágenes de la extensa nave, con sus hileras ordenadas de columnas y arcos que se repetían a intervalos precisos, el mueble del órgano del s.17, la tribuna del gótico flamígero y las increíbles tallas de madera del coro con 144 sillas esculpidas situadas alrededor de la tumba del papa Clemente VI. Se extendían por sus paredes unos magníficos frescos del s.15 que representaban la muerte.

Robert de Turlande, el creador de Lavandieu, dejó Brioude (próxima etapa) para fundar un monasterio benedictino en 1052, La Chaise-Dieu o Casa de Dios, instalándose en esta alta meseta de granito y pronto se unieron cientos de discípulos, que se extendieron por otras muchas misiones de Europa. Tres siglos después, un antiguo monje de La Chaise-Dieu se convirtió en Papa con el nombre de Clemente VI (uno de los Papas de Avignon). Muy apegado a su abadía original, el papa Clemente VI mandó construir la iglesia actual en 1344 y su obra se realizó bajo las órdenes del maestro del Palacio de los Papas de Avignon. La fachada, sus torres y la torre Clementine se completaron en 1376 con un estilo que combina el arte religioso y la arquitectura defensiva. A su muerte el Papa Clemente VI quiso ser enterrado allí, cerca de la tumba de Robert de Turlande, y en una iglesia abacial digna de su época.







## VIEILLE- BRIOUDE



Seguí las carreteras serpenteantes, que me sacaron del Forez Livradois y me llevaron de regreso al Allier. El cielo lucía completamente despejado, de un azul muy oscuro, y el sol del medio día me calentaba con placer.

De la deslumbrante claridad que me rodeaba, asomó de pronto la imagen despejada de Vieille Brioude encaramada en un alto promontorio ubicado en un lugar apacible a orillas del Allier. A mucha altura, por encima del Allier, se extendía majestuoso el puente del s.15 reconstruido en el s.19 y siendo el de mayor arco construido en la Edad Media. Desde el puente se ofrecía un espectáculo llamativo del Allier, con sus boscosas orillas y las estribaciones de las montañas en el horizonte. Las casas se asomaban peligrosamente al abismo y se distinguían varias terrazas de cultivos y caminos que descendían entre ellas.







El pueblo era pequeño y paseando por sus calles tenía el aire melancólico de un pueblo cuidado, pero despoblado. Había caminos que llevaban, pasando por detrás de la iglesia románica de Sta Ana s.12, a cabañas de enólogos con numerosos objetos de la vida diaria o de los oficios de otras épocas y un sendero conducía entre zanjas precedidas por los setos brillantes de las viñas. Me hallaba en el museo jardín del viñedo de Vieille Brioude.

Gracias a sus soleadas laderas Vieille-Brioude ha disfrutado de una floreciente viticultura y así, desde la Alta Edad Media, este pueblo fue el principal centro vinícola del Brivadois. Pero enfermedades y la partida de los hombres al frente de la Primera Guerra Mundial, fueron el final de su cultura; pero sin embargo los campos y las colinas conservan las huellas de la cultura vitícola y las bodegas guardan este rico pasado agrícola.





## BRIOUDE



Era la primera hora de la tarde cuando llegué a Brioude, bordeada por el río Allier, y rodeada de montañas con un bello entorno natural de parques, jardines y la playa en el río. El área de autocaravanas era un gran parquin mixto, con una zona reservada y servicios, 45.29425-003.38708. Brioude no se parecía a ninguna otra de las ciudades visitadas ya que era más parecida a una pequeña ciudad de campo; agradable y encantadora, llena de colorido y vitalidad que mostraba sus fachadas pintadas en ocre, naranjas o amarillos y de una arquitectura y ambiente mediterráneo con un clima particularmente suave, seco, cálido e ideal para pasear.

Disfrutaba caminando por calles estrechas e históricas que permitían apreciar numerosas fachadas de construcción medieval y por calles donde reinaba un ambiente de tranquilidad y silencio. En los comercios asomaban los productos de la huerta y el perfume de los quesos anegaban las callejas. El brillo dorado del sol de julio aumentaba el atractivo de cada colorida piedra, que evocaba un pasado rico y revelaba un patrimonio de gran interés.









En la zona de la Basílica había un conjunto de calles estrechas con fachadas interesantes de antiguas construcciones por entre las que asomaba, como un faro, la catedral de Saint-Julien que se levantaba asombrosamente grande brillando en los puntos donde recibía la luz del sol y hacía destacar graciosamente sus muros de piedras policromadas de areniscas roja, blanca y oscuro basalto. Una vez dentro percibí súbitamente el olor del lugar, antiguo, placido e íntimo y del que ciertamente emanaba una extraña magia. El silencio era absoluto, ya que la piedra amortiguaba cualquier sonido del exterior, y levantaba la vista con el mirar ansioso por saborear la excitación que siempre experimento al entrar en un edificio multicientenario que no conozco.

Al dejar pasear la vista hacia lo alto respiraba y veía, con mis propios sentidos, la variada materia de la que estaba compuesto aquel mito. Era el efecto que me producía la visión sobrehumana de aquella arquitectura increíble. En las naves, cuyas paredes estaban decoradas con antiguas pinturas, las columnas de piedra se elevaban de forma vertiginosa hacia un techo abovedado, donde la luz clara del verano se filtraba por las vidrieras y lucernas hasta la base de los arcos y encendía una dulce lluvia de rayos.

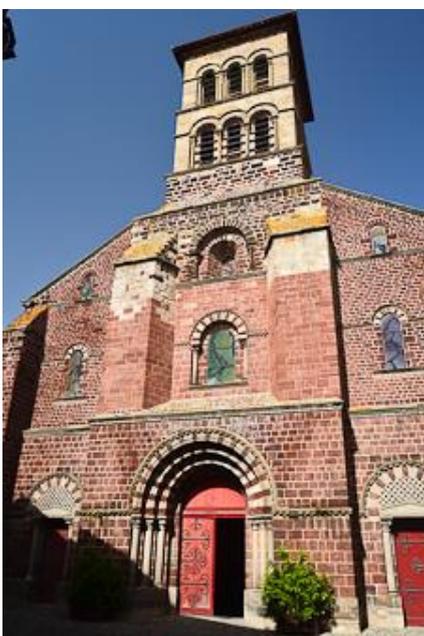




Esta basílica románica, una de las más grandes de Auvernia, (en el viaje visitare otros grandes ejemplos de arquitectura románica auverna) fue construida en los s.11 a s.13 en homenaje al mártir San Julián y cuya tumba descansa bajo la basílica. La basílica carece de austeridad y está llena de un deslumbrante color y luces con una profusión de decoraciones con pinturas brillantes, frescos policromados, esculturas y un conjunto de 300 capiteles bellamente tallados. Las 37 vidrieras de la basílica son contemporáneas, realizadas por los talleres de Chartres, y aportaban una luminosidad especial y original. La basílica se construyó sobre la ruta de peregrinación de Clermont a Cahors, que conduce a Santiago de Compostela.

Los últimos rayos de la luz del día veraniego se abrían camino, con dificultad, por los laberintos de las edificaciones y el sol se fundió en el cielo rojo del atardecer. El ambiente era caluroso y encontré un lugar agradable, en uno de los jardines al lado del parquin, donde sentarme a leer hasta muy entrada la noche.











## MASSIAC, STE MADELAINE y vistas del valle de L'Allagon



Massiac estaba situada a muy poca distancia de Brioude. Aunque siendo pocos kilómetros de recorrido, en cambio había dado un gran salto en el tiempo ya que del 2013, viaje descrito hasta este momento, me hallaba ahora en Julio del 2019. Este viaje, comenzando por el valle de Alagnon y continuando por el valle del Allier, me transportara al departamento de Dôme.

Viajaría saltando por ambas riberas del Allier visitando pequeñas poblaciones, alguna discretas y otras magnificas, con tesoros de arte románico de Auvernia y la gran urbe de Clermont-Ferrand. El regreso sería atravesando los Monts Dôme, del Puy de Dôme al Massif du Sancy, rodeado de un magnifico paisaje natural de montañas, lagos, pequeñas poblaciones y muchísimo arte románico.





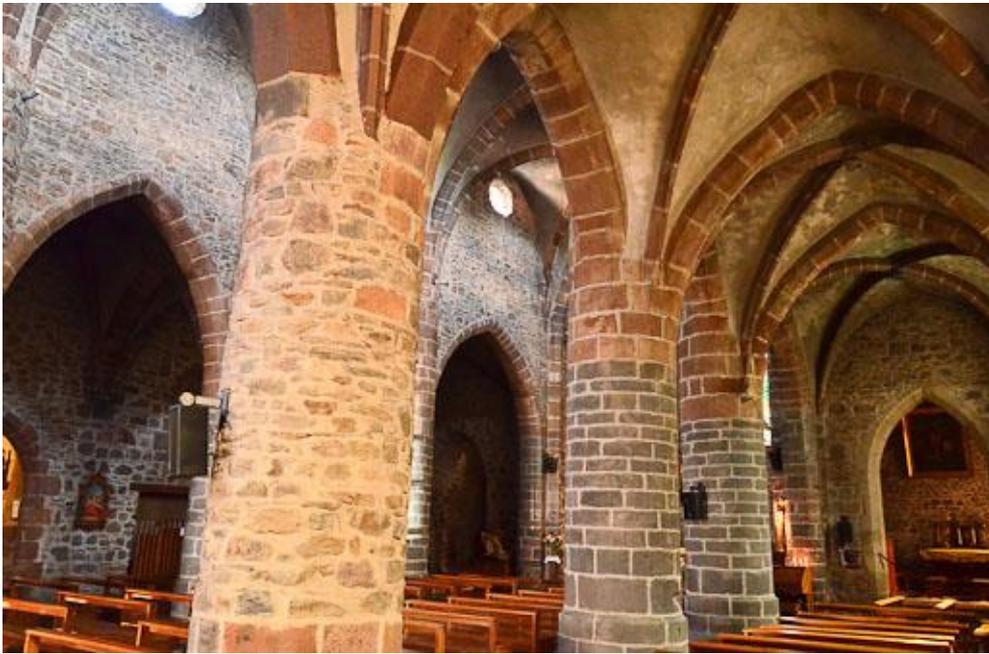
El recorrido del 2019 lo volví a iniciar en Aurillac, ciudad donde volví a pasar la noche. El día se anunciaba caluroso y el sol, que subía rápido en Julio, pegaba fuerte. Conducía despacio siguiendo una ruta poco transitada, que despertó en mi un raudal de recuerdos de colinas flanqueadas por una vasta llanura. Era la ruta del 2013 de la Cère, Le Lioran, Murat y seguido alcancé les Gorgues de L'Alagnon.

La inmensidad de la naturaleza se extendida hasta el horizonte alternando praderas abiertas y bosques, que junto al poco tráfico, daba la impresión de hallarme solo en el mundo. Aproximándome a Massiac el valle de Alagnon alternaba huertos, viñedos y campos de cultivo.

Massiac aparecía situada en una encrucijada fluvial que dotaba de una exuberante naturaleza al valle y se descubría custodiada por el río Alagnon. Era un pueblo con encanto sencillo y un conjunto de antiguas edificaciones discretas con un centro histórico que poseía como patrimonio un antiguo castillo, ahora reconvertido en ayuntamiento, y la iglesia de San Andrés rodeada de pequeñas callejuelas, que era la zona más interesante de la ciudad. Había comercios, servicios y un Área de autocaravanas al borde del río 45.25273-003.19436.









A la salida de Massiac, y tomando la primera rotonda de acceso a la A75, aparecían las primeras señales que me llevarían a la Chapelle Ste-Madelaine. La carretera subía salvando la autopista, primero por debajo a través de un túnel y seguido por encima a través de un puente. El camino era estrecho, asfaltado y terminaba al lado de una antena de telecomunicaciones. Lugar donde estacioné.

Llegué a pie, y casi de inmediato, a algo que era precioso, delicado y oculto. Silenciosa y envuelta en verdes mantos aparecía la capilla de Santa Magdalena situada en un enclave vertiginoso de 708 metros de altura y sobre un espolón rocoso por debajo del cual, 200 metros más abajo, fluía el río Alagnon rodeado de campos y flanqueado por la carretera que transita el valle.

La pequeña capilla se me antojó más cercana, más íntima y al tiempo que respiraba el aire seco y caliente que me envolvía. A lo lejos, detrás de los cerros que cercaban el valle y Massiac, las montañas del Cantal enmarcaban el paisaje.





Construida en el borde del espolón basáltico, literalmente a pocos centímetros del borde de la roca, era probablemente la capilla perteneciente a un pequeño castillo construido en este lugar, particularmente estratégico ya desaparecido. Edificada en el s.11 es románica y de piedra volcánica de basalto.

Desde aquí arriba, donde el silencio solo era roto por el lejano rumor de los vehículos que circulaban por la A75, ofrecía una hermosa vista del valle de Alagnon. En frente, en la otra ribera del río, había otro espolón rocoso cerrando el valle, era el lugar de St Victor. El sitio, marcado por unas ruinas, cuenta una leyenda de amores entre Ste Madelaine y St Victor, que separados por el valle se hallaban unidos por un puente alzado con las cuentas del rosario de Ste Madelaine. El río Alagnon nace en el macizo del Cantal, desciende de las alturas por el pintoresco valle y tras viajar por un conjunto de paisajes a lo largo de 70 km, descarga sus aguas el Allier.

Era el 14 de Julio y las 13 horas. Francia estaba celebrando su fiesta nacional y yo celebré mi particular fiesta en este magnífico lugar. Lo que cociné en la autocaravana me lo llevé a esta verde pradera, y sentado sobre el acantilado comí contemplando y respirando este magnífico ambiente. Fue un buen presagio de cara a las dos semanas que tendría de viaje.



